

»El día 23, a las tres de la madrugada, llegamos a las islas Canarias, «Las Palmas», de donde zarpamos el 24 a las cuatro de la tarde. Había entonces en nuestro buque más de 1.100 personas, incluyendo el personal de la tripulación. En el puerto vimos que sobresalían del agua dos puntas de mástiles; preguntamos lo que era, y he aquí la respuesta que nos dieron: Hace unos diez días chocó un vapor francés con otro italiano. El vapor francés solo sufrió ligeras averías, sin desgracias personales, pero el vapor italiano, cargado de 1.200 emigrantes, perdió 500 pasajeros.

»Los días 27, 28 y 29 no se ve nada más que agua; tenemos 40 grados de calor, y nos vemos obligados a permanecer de día y de noche sobre el puente, porque el interior es insupportable y malsano. La comida ha empeorado aún. Por la mañana, a las ocho, una taza de café de achicoria con galleta más dura que un canto; al mediodía sopa, pero ¡qué sopal... ¡Yo no sé qué agua de fregar es aquella! Dan también unas malas patatas, cocidas sin mondar, y papillas.

»Todo esto podría al fin pasar, pero aquella extraña carne salada y tan «dulce», de tal modo apesta, que nadie la puede comer; se la arroja casi toda por encima de la borda. A las cuatro

otra taza de café de achicoria sin leche, y a las seis té con pan duro o galleta enmohecida.

»No vayáis a creer que exagero; hemos entregado dos cartas de protesta al capitán, pero todo ha seguido como estaba.

»Todos los días hay riñas a bordo, después de haber jugado el dinero a las cartas o a los dados. El día 30 hace mucho calor y el 31 llueve a cántaros. El 1.º se dan bromas pesadas y pasan cosas extravagantes y desagradables por demás. No se puede tener nada sobre el cuerpo, porque hay muchos piojos en el navío y son malos amigos.

»La mar es bella, *pero un mal alimento, acostarse del todo desnudo sobre un saco, exhalar un olor que apesta, quedarse tan débil que ya no se puede tener uno en pie, y por añadidura tener además pulgas y piojos que le comen a uno*, esto hace que desaparezca todo lo que hay de bello y de grande en la naturaleza.

»Tal vez nos vaya mejor allá; pero creedme, no todas son rosas en el camino... Cuando se mira la miseria en el buque, se ve que es extremada, PUES YA HAN MUERTO MUCHOS NIÑOS A CONSECUENCIA DEL MAL TRATAMIENTO, Y OTROS AUN ESTÁN PARA MORIR. Esta noche, a las dos y media, ha sido arrojado al mar el cadáver de un hombre de unos 65 años, un lovai-

nés. Se había prohibido estar sobre el puente, pero yo y otros cuatro nos hemos ocultado en un camarote de primera clase, y hemos visto el cuerpo de un hombre a quien se metía en un gran saco, luego se ataba todo a una plancha, y cuatro marineros y un oficial dejaban deslizar el cadáver por la rampa, y había un emigrante menos. *Acaban también de morir cuatro niños, pero yo no he podido ver lo que han hecho de sus cadáveres... El día 8 habían ya muerto nueve niños y dos hombres...*»

PEDRO N.

Actualmente en Bahía Blanca.

Ahora os diré lo que he visto yo mismo. Dos veces me ha sido dado visitar vapores transportes de emigrantes.

Acompañaba yo un día en su visita á los navíos de la «Red Star Line» á mis consocios de la Sociedad de economía social. Habíamos sido recibidos con una cortesía encantadora y generosa en los magníficos salones del navío. Estábamos bajo la impresión de aquel lujo, y nuestros espíritus sentíanse transportados a pensamientos sonrientes, cuando se abrieron ante nosotros los camarotes de los emigrantes.

¡Ah! ¡Señores!... ¿habéis visto esas tarimas sobre las cuales se tienden nuestros pobres soldados para dormir un poco durante sus noches de guardia? pues semejantes á ellas había cuatro en cada camarote, dos a la derecha y otros dos á la izquierda, las unas sobre las otras, como estantes de biblioteca; y entre las dos series, ante el redondo tragaluz que por su gran ojo siniestro dejaba penetrar el aire y la luz, un pasillo de la anchura de un hombre. Cada tarima tenía cinco o seis colchonillos, unos junto a otros. Debían, pues, entrar en aquel camarote de 20 a 24 emigrantes.

Tenía de alto un poco más de la altura de un hombre, de largo desde la puerta al tragaluz unos tres metros, y de ancho dos veces la longitud de un hombre más la anchura del pasillo. Camarotes de esta suerte, contiguos unos a otros, ocupaban los dos lados del navío. Entre los camarotes de uno y otro lado un gran espacio, correspondiente a los salones de pasajeros de primera y segunda clase, tenía bancos y mesas para entre día.

Oprimióse nuestro corazón y ni una palabra salió de nuestros labios... ¡Cómo! ¡tan cerca de los esplendores del rico, aquello! Nuestro guía leyó en nuestros ojos, y nos hizo observar que aquella instalación constituía un progreso enor-

me, que permitía la separación absoluta de los sexos, rigurosamente exigida durante la travesía en los trasportes de aquella famosa sociedad, que los colchonillos mismos constituían una mejora sobre las simples tablas, que el precio del pasaje, comprendido en él alimento, no permitía más. Y todo aquello era verdad. El precio del pasaje era verdaderamente irrisorio, 125 francos, si no me engaño, para una travesía de quince días! Añadió que ninguna sociedad presentaba, para el transporte de los emigrantes, bajo el punto de vista material y moral, condiciones más ventajosas. ¡Y también esto era verdad!

He ahí, pues, Señores, «¡lo mejor!»

El entrepuente y los camarotes estaban vacíos cuando visitamos nosotros aquel vapor: no había sombreado nuestros pensamientos la triste vista de los emigrantes, y sin embargo, ¡cuántas veces me han venido a la memoria y á la imaginación aquellos camarotes, aquellas tarimas y aquel tragaluz!

Estos últimos días fuí a ver otro navío. Los periódicos habían anunciado su llegada y su salida, y se había convocado a él con extremada solemnidad a las supremas autoridades del país. Semejantes visitas tan altamente solicitadas y tan fácilmente ofrecidas, me hacen siempre des-

confiar: son como los días en que recibe la Señora; puede uno ir seguro de ver los muebles mejor ordenados, los juguetes y adornos colocados con más gracia y aparato, y en los flores y cestillas flores más frescas!...

El inmenso «München» no defraudaba mi expectación. Era magnífico, de elegante robustez, limpio y coquetón por la nota clara de sus colores. De 400 pies ingleses de largo y 46 de ancho parecía que podía engullir un mundo en los flancos de acero de su casco. Sus máquinas, brillantes por el pulimento de sus hierros y bronces, desarrollaban una fuerza de 3.200 caballos. Catorce botes de salvamento pendían a sus costados. Nos lo enseñaron todo: los salones de pasajeros de 1.^a y 2.^a clase, sus camarotes revestidos de terciopelo encarnado, la cocina, el pañol de las provisiones, el hospital, la farmacia, todo ello caldeado al vapor, iluminado con luz eléctrica y perfectamente ventilado.

Por fin estuvimos en el entrepuente. Allí surgen formando como un bosque, barrotos de hierro y de esos barrotos penden literas, en las que sobre un lienzo de lona reposa un enjuto colchón, levantado a la parte de la cabeza por los corchos planos de un aparato de salvamento; hay dos filas de estas literas, superpuesta de

una a la otra. Colocadas unas junto a otras, y pie contra pie en cada hilera o piso, se extienden de esta suerte y llenan todo el entrepuente, excepto el medio y los extremos laterales en que están los pasillos. La vista se pierde en aquel maremagnum de camillas contiguas, y como en cuanto alcanza, no la detiene ni un solo tabique, ni por delante, ni a derecha ni a izquierda, por doquiera que mire no ve más que aquellas literas que se tocan y se sobreponen. Dos mil literas se hallan allí suspendidas de los barrotes, y éstos están relucientes y las camillas limpietas. Se diría que son las celdas de un panal de abejas. La vista reposa complacida en aquella regularidad geométrica; y uno se admira de que se hayan podido colocar 2.000 literas en un entrepuente.

Sí, se admira... pero con una condición; y es, que se olvida por completo de que durante veintiocho días sobre aquellas 2.000 literas habrá 2.000 hombres, mujeres, jóvenes, niños, todos revueltos, confundidos y sin orden; abajo, arriba, a derecha, a izquierda, por todas partes; que se oirán de un extremo a otro todas las risotadas, que se verán todos los horrores, que se permitirán todas las audacias, y quedarán cubiertas por las tinieblas de la noche todas las profanaciones, y que aquellos hombres, aque-

llas mujeres, aquellos jóvenes y aquellos niños, después de todo, tienen almas.

Allí estaban ya entonces, y prestos a partir, más de 1.400; de ellos 600 ingleses llegados la víspera de Harwich y 800 belgas. En una escala próxima debían embarcarse los restantes.

¡Cómo explicaros lo que ví... ¡Oh, Señores, cuán desconsolador era!

En un rincón se había recostado una mujer como muerta; quise tomarla la mano, y me dejó caer con abandono un brazo inerte; sufría ya del mareo.

Mas allá unos niños asustados miraban a los visitantes, y se ocultaban detrás de su madre. En otro sitio dos niñas acostadas en sus camitas se pellizcaban mutuamente los brazos con la risa argentina de una dichosa ignorancia.

En otra parte un anciano guardaba los paquetes que le habían confiado los más jóvenes: «¿Os marcháis, a vuestra edad, amigo mío?» le dije.—No tengo ya a nadie en mi país, señor Cura, me contestó, mi anciana esposa se ha muerto, yo me voy a morir en casa de mi hijo que vive allá...»

Aquí dos chicuelos se pegan por una naranja que acaba de darles un visitante. Al lado una niña pequeña, colocada en la litera para marcar sitio, arrulla a una gran muñeca.

«¡Ah, señor Cura, me dice una madre que estaba lactando a su pequeñuelo, ¡ah, señor Cura! ¡va usted a venir con nosotros?—No, buena mujer—¡Desearía tanto que consagrasen mi niño al Corazón de Jesús!... ¡dicen que mueren muchos en el viaje!...—Voy a bendecirle, hija mía, no piense ya en nada y deje obrar a Dios, es bueno y velará por ustedes.—¡Ah, pobre pequeñuelo mío!... ¡si él se muere, yo me arrojo al mar!»

«Cuando estéis allá, decía un amigo mío a una familia flamenca que le oía hablar su lengua, quizás no tengáis sacerdotes; así pues, no dejéis los domingos de reuniros, como para la hora de misa; el padre dirá vuestras acostumbradas oraciones y vosotros responderéis; y, creedme, os bendecirá Dios. Vamos, prometéd-melo.—¡Ah, sí, señor, sí, sí». Y todos lloraban.

«Señor Cura, me dijo más adelante un valeroso joven, activo y soñador, ¿no podría usted darme una medalla?... ¡en el mar no se sabe lo que puede ocurrir!» Se la dió, y él se la puso al cuello y la besó.

Se distribuyeron otras a todos, como también rosarios y escapularios, y ni uno solo dejó de aceptarlos... ¡Ah, delante de aquel mar terrible y majestuoso, presto se vuelve el Corazón a Dios!

«Señor, vino a decirme otro, ¿no podría usted confesarme en este rinconcito? no estoy tranquilo!»

Había entre los emigrantes una pobre inglesa, de porte y aspecto distinguido, tiritando envuelta en un miserable vestido de percal rayado...—«Bendígame usted, señor, me dijo.—¿Es usted católica, señora?, le pregunté yo.—¡Ah, sí, Señor, sí», me contestó. Entonces yo la bendije; y luego ella presentándome un pobre niño raquítico, enfajado en un retazo de chal: «¡Bendiga usted, añadió, dos veces a este; es hijo mío!»

Y en medio de escenas tan tristes, resuenan risas de niños, cantares de mujeres, gritos y voces confusas de hombres; y de uno al otro extremo se llaman unos a otros, y en medio de aquel barullo, se buscan, se pierden, se encuentran, se vuelven a encontrar, se vuelven a perder; ¡es el caos en la noche!...

¡Ah! Señores, cuando llegó la hora de zarpar, cuando el gran buque arrastrado por su remolcador, empezó a moverse lentamente y hendió las aguas del río, aquellos hombres que partían, excitados por la fiebre de las despedidas y por la vista de la multitud, aquellos hombres que se desterraban, tal vez para siempre, lanzaban entusiastas hurras y cantaban a voz en cuello.

Las mujeres lloraban. Yo sentía mi corazón angustiado... un peso enorme gravitaba sobre mi alma, como un remordimiento sobre mi conciencia. De todo había a bordo para aquellos desgraciados, todo lo tenían, todo, menos un sacerdote para sus almas!...

Y varios de ellos morirían... mueren siempre algunos; y en mi exaltada imaginación me representaba la escena!... El cadáver rígido, envuelto en un retazo de lona de las velas cosido en forma de saco, con pesos de hierro atados a los pies para que se sumerja... El capitán que se descubre, la plancha que sube elevando al muerto con el estridente ruido de las poleas... El buque se detiene, la plancha se inclina sobre la borda, la masa inerte cae... El mar lanza como un grito sordo, se entreabre como boca de lobo, y luego se cierra entre ruidosos borbollones y formando un ramillete de espuma... Todo ha concluido... El monstruo ha devorado su presa... ¿Veis aquel remolino espumoso que se deshace y desvanece... ¡Es la tumba de un hombre!

Acabo de describiros, Señores, lo que yo mismo he visto en el navío más hermoso en que jamás se hayan embarcado nuestros pobres emigrantes belgas.

Dejo, pues, a vuestra consideración el figuraros lo que pasará en los demás. ¡Ah! Señores. ¿Llegaríais a imaginároslo en toda su espantosa realidad? No, porque eso no se imagina, ni se concibe. Si tratara de pintároslo, no me creeríais. Os suplico que vayáis a verlo vosotros mismos. Han partido de Amberes algunos navíos, que ¡ay! si vosotros tuvierais que embarcar a vuestros perros, no querríais para ellos semejantes perreras. Lanzaríais gritos de horror si vierais arrojar en las bodegas a negros y esclavos, como fardos de mercancías; y sin embargo no son negros ni esclavos los arrojados de esa suerte, son belgas, son nuestros hermanos!

¿Qué hacer, Señores, en este caso?... ¡Ay! La obra de que os hablo no puede nada. Los gobiernos únicamente son los que pueden hacerse obedecer y hacer respetar las leyes que se violan y pisotean.

¿Qué he dicho? ¿Que la obra no puede nada? Lo puede todo. Vivimos en tiempo en que, gracias a Dios, son libres los corazones y los labios! Pues bien, clamaremos... *Clama! ne cesses!* Clamaremos hasta que se haga justicia, hasta que reine la ley, hasta que esos pobres hermanos nuestros por la patria y por Cristo, sean tratados, no como esclavos, sino como

cristianos y como belgas. No sabéis bien, Señores, el poder de una voz libre, pura, desinteresada, que clama a través del mundo no por sí ni en bien suyo, sino por los demás, ni por el honor y la fortuna, sino por la justicia y por el derecho. ¿Queréis la prueba de esto? Hemos empezado a clamar, y no hace mucho tiempo, y he aquí que ya aparecen los tabiques divisorios. Los tenía ya el *Baltimore*, que partió el 14 de Abril; los tenía el *Strasbourg*, que partió el domingo último.

Por lo demás, Señores, no nos será preciso clamar muy fuerte, porque nadie rehusa venir en nuestra ayuda. Nuestros sacerdotes y religiosos están prestos; y el poder, el gobierno ha tomado ya la delantera; persigue ya a esos bandidos reclutadores que especulan con la sangre y la vida de los miserables, ha esparcido ya por millares sus consejos de prudencia, hace vigilar con más cuidado el embarque y registrar las trasportes, en los países de arribada hace organizar por medio de sus cónsules y bajo su presidencia, comités de recepción para el emigrante que desembarca, verdaderas Bolsas de Trabajo, en que todos pueden informarse y donde la mayor parte de ellos halla desde los primeros días abrigo y pan.

Resta a la libertad el ayudar y secundar al

poder. Os resta a vosotros, Señores, el ayudar a la libertad.

No insisto más. Os he manifestado la situación; os he dicho lo que se propone el «*Raphaëlsverein*». Ved y juzgad vosotros mismos, si merece vuestro concurso; yo abandono su causa a vuestros corazones.

Cuando esa sociedad venga a llamar a vuestra puerta, cuando su mano solicite la vuestra demandando vuestro concurso, acordaos de lo que os he dicho.

Sí, Señores, acordaos.

En los primeros días de la era cristiana, un hombre con una mujer y un niño recién nacido habitaban en una pobre gruta, en un pueblecillo de Judea. Sucedió pues, que mientras el hombre dormía, en una visión de lo alto, escuchó que le decían al oído: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, porque Herodes va a buscar al niño para quitarle la vida».

Y él se levantó, tomó al niño y a su madre, y los tres, en medio del silencio de la noche, por caminos sombríos y extraviados, huyeron a buscar en el extranjero la salvación del niño.

Jesucristo no ha querido que hubiera en el

corazón del hombre un solo sufrimiento que él no hubiera experimentado en su corazón.

Un rey siniestro, más cruel que el sanguinario Herodes, reina desgraciadamente sobre nuestros obreros y nuestros pobres: ¡la miseria!.. Y como Herodes mata a los hijos en los brazos de sus madres. Y en las visiones de su sueño, el obrero, el miserable, oye también voces que le dicen: «Levántate, toma a la madre y al niño, y vete allá lejos, a Ultramar, porque aquí la miseria y el hambre matarían al niño».

Y él se levanta, toma al niño y á su madre, y emprende ese duro camino del destierro en el que ha dejado marcadas sus huellas Jesucristo.

El Evangelio no dice nada acerca de las penalidades del viaje y de lo que les sucediera a su llegada. Pero los corazones cristianos lo han adivinado. No se han avenido a creer que Dios abandonara en aquel viaje a la delicada Madre de su Hijo, y en sus leyendas han visto descender Angeles junto a ellos, protegerles y servirles, arrojar flores a su paso, cantar cánticos a sus oídos y hacer cortejo al Hijo de Dios.

Las penalidades de nuestros pobres emigrantes, ya os las he referido; las sabéis, y en vuestros corazones, vosotros, cristianos como ellos, experimentáis su amargura. Pues bien, yo no puedo avenirme a creer que Dios los abandona

tampoco a ellos; habrá ángeles que los protejan y les sirvan, habrá ángeles que les arrojen las flores de una caridad amante y tierna, que les canten las palabras dulces y fortificativas de la esperanza, que hagan compañía a esos pobres, hermanos de Cristo.

No me preguntéis dónde están y de dónde vienen esos ángeles.

Os miro... ¡yo los he visto!

A. M. D. G.